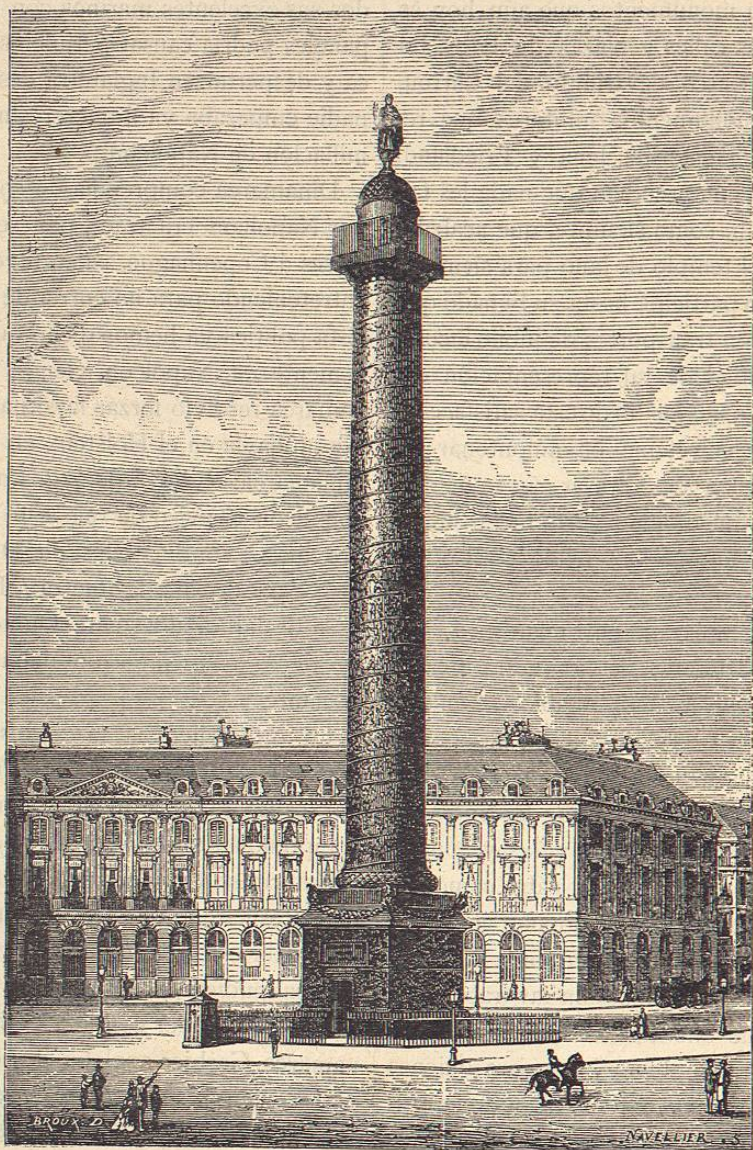


enérgico y valiente no se resigna tan fácilmente á las injusticias de la suerte. Uno y otro gobierno ofrecían proteger á Dinamarca contra su adversario con todo su poderío militar, pero la protección de un poderoso es siempre fatal á un débil, y Dinamarca quería pasarse de toda clase de protecciones. Pero la

verdad es que al saber que los franceses iban á penetrar en su territorio decidió hacer alianza con ellos y si esto lo supo ó no Garbier es difícil decirlo. Lo más probable es que éste, recordando el chasco de su colega Duckworth en Constantinopla, se resolvió cortar por lo sano. Desembarcó su gente, plantó



Columna triunfal del gran ejército.—Plaza Vendome, París

sus baterías y el 1.º de Setiembre de 1807 arruinaba con sus bombas á Copenhague por haberse negado su regente á depositar su escuadra en Inglaterra, escuadra que ahora caía por entero en sus manos.

Los daneses que nada sabían de lo que llevaba entre manos su gobierno con los franceses, recibió el insulto hecho á su pabellón, la nueva traición de Inglaterra como había recibido España la presa de sus galeones americanos. Desde este momento Na-

oleon tuvo un aliado más, pero que le importaba ahora á Napoleon la alianza de Dinamarca?

En Europa nadie se indignó por la conducta de Inglaterra, sólo Napoleon hizo decir en el *Moniteur*, por una carta que se hizo enviar de Portugal, que los portugueses ardían en deseos de unirse á sus hermanos del continente para vengar el desastre de Copenhague. Napoleon, pues, no olvidaba á los portugueses, si, pues, Junot no iba á visitarles era

porque ahora estaba en cuestiones con el tsar cuya resolución era difícil prever.

Inglaterra había dicho al tsar que estaba dispuesta á aceptar su mediación si principiaba por revelar los artículos secretos del tratado de Tilsit. El

tsar cogido en sus redes se negó, y la guerra quedó declarada entre Inglaterra y Rusia. En Turquía las cosas habían pasado de otro modo. Los políticos del serrallo habían aceptado la mediación francesa, y por consiguiente era ahora Napoleon quien debía



Arco de triunfo del Carrousel, París

exigir de los rusos que evacuasen la Moldavia y la Valaquia. Alejandro se negaba apoyándose en lo convenido, Napoleon se lo suplicaba aunque volviera de nuevo á ocupar dichas provincias para sacarle del compromiso, pero Alejandro no quiso prestarse á tales comedias. Savary y Caulaincourt fueron á Petersburg á conquistar el tsar, pero éste se mostró intratable; entonces se le dijo á Alejandro que no se

evacuara la Silesia si no se evacuaban los principados, y como Alejandro se esperaba que persistiría en su opinión, Napoleon pasaba por lo que de él se diría en Turquía si al menos podía quedarse con la Silesia. Las complicaciones que llegó á temer Napoleon de momento, no se realizaron y creyéndose libre se fué á enredar con los Estados de la península ibérica.

Y ¡cosa extraña y bien digna de observación!—dice Lanfrey á quien traducimos ahora porque es interesante é instructivo ver á un francés juzgando los negocios de España que tanto daño les hicieron. —Al lado de esos Estados inofensivos contra quienes no tenía Napoleon una sola queja legítima y á los que sólo castigaba por ambición, había uno, uno solo, que le había dado un motivo real de queja, después de haber sido, en verdad, llevado á perder la paciencia por medio de una serie de ultrajes y de malos tratos, pero Napoleon lejos de castigarle, parecía no recordar siquiera la ofensa, y se mostraba para él lleno de atenciones y cuidados. Este Estado era España, y el motivo de queja la proclama del príncipe de la Paz en la época de Jena, veleidad de insurrección desautorizada tan pronto fué concebida, pero cierta aunque envuelta en oscuras circunlocuciones.

Ocupado Napoleon en aquel entonces con otros proyectos, había aceptado sin objeción las explicaciones que se le habían dado, y se había contentado con exigir, como prenda de la docilidad ulterior de España, el envío del cuerpo de ocupación de la Romana á orillas del mar Báltico. Pero desde entonces había arreglado los negocios del Norte, había regresado á París, y contra lo que se esperaba, no había recriminado.

La corte de España, temiendo uno de esos estallidos de cólera á los que estaba acostumbrada, envióle al duque de Frias para facilitarle y en caso necesario apaciguarle. Napoleon acogió al embajador con la mayor benevolencia. Lejos de quejarse escribió el 8 de Setiembre de 1807 al rey de España, agradeciéndole haberse portado en todas ocasiones como un *fiel aliado* de Francia. Pero á la vez le asociaba á sus proyectos contra Portugal, y le instaba para que se uniese á él para obligar á Inglaterra á la paz, pero de la famosa proclama no le decía ni una palabra.

Era esta magnanimidad tanto más extraordinaria cuanto que Napoleon siempre había tratado á España con una implacable brusquedad, esto cuando no tenía nada que reprocharle. Hoy que tenía derecho á quejarse poniendo de su lado todas las apariencias, hoy se callaba. Parecía como que ponía su queja de reserva, ó que no había guardado memoria del caso.

Ese silencio ¿qué proyectos ocultaba? ¿Qué interés tenía en presentarse generoso? Lo cierto es, que esta clemencia era inverosímil, y que una actitud tan nueva anunciaba de una manera bastante clara que algo meditaba respecto de España.

¿Qué sería esa nueva sorpresa tan profundamente meditada, y con qué medios se operaría?

Napoleon mismo no lo sabía aún, pues no era hombre para encadenarse por adelantado á un plan cuando su ambición no admitía en ninguna empresa límite alguno: lo que estaba definitivamente resuelto es que haría alguna cosa. ¿Era este el plan tan reciente y tan nuevo como suele contarse?

Hacía ya mucho tiempo que Napoleon trataba á España como una de esas miserables monarquías en las que el soberano no era más que una pantalla de su autoridad. Sin exageración, pues, decía en el discurso de apertura del Consejo legislativo, pronunciado el 16 de Agosto de 1807, que asimilaba España, á Holanda, Suiza, y á los reinos de Italia y de Nápoles: sus atentados contra este desgraciado país habían en efecto principiado mucho antes de la época que de ordinario se le designa. Desde el día siguiente de Jena, aludiendo á los rumores que habían corrido con ocasión de la proclama del príncipe de la Paz, escribía á Cambaceres: «¿De dónde habéis sacado que España entraba en la coalición? Todas las plazas fuertes están entre mis manos.» Había en esto sin duda alguna una de esas grandes fanfarroñadas de que sabía echar mano cuando llegaba la ocasión, pero no por esto dejaba de tener su parte de verdad. Napoleon tenía buques y soldados en varios puntos de España, tenía inteligencias numerosas entre los agentes del gobierno español, y todo esto entendía aprovecharlo llegado que fuera el momento.

Entre las numerosas cuestiones que suscita el origen de este tenebroso asunto de España, hay una que los historiadores franceses deciden casi invenciblemente en favor de Napoleon, y es la relativa á su pretendido derecho á intervenir en la península. Fundábase ese derecho, según ellos, primero en la traición del príncipe de la Paz, y luego, en lo que ellos llaman necesidad de tomar un partido respecto de la decadencia española. Basta, para hacer justicia de esas aserciones, dar una simple ojeada á los tiempos pasados, es decir, sobre las relaciones anteriores de Napoleon con la corte de España.

Arrastrada á la guerra contra Inglaterra por un tratado sorprendido á la debilidad del rey, pero que estipulaban por lo menos una perfecta reciprocidad entre los dos Estados, España no había encontrado más que violencia, expoliaciones y disgustos sin número, en una alianza en la que había buscado protección y seguridad. Engañada en el negocio del reino de Etruria, en lo que no se le había entregado más que una monarquía ficticia en cambio de una

magnífica colonia, violentada y espaciada en la época del tratado de Amiens, que le costó la isla de la Trinidad á despecho de las cláusulas más formales de la alianza, ultrajada públicamente y con la última indignidad en la persona de su rey, cuando la celebración del tratado de los seis millones mensuales, se había encontrado de nuevo lanzada á una guerra desastrosa y á sus riesgos, en la que perdió sus colonias y comercio, y en la que sacrificó heroicamente su marina en Trafalgar.

En recompensa de tanta sumisión y abnegación, había visto con una profunda humillación tratado su rey con el más soberano menosprecio, en todas las ocasiones en que había intentado oponer alguna resistencia á inicuas exigencias; había visto á Napoleon disponer como amo de todos los recursos del reino; había visto arrojar en beneficio de su hermano José, á la dinastía española de Nápoles, después de haberla engañado arteramente llevándola á la guerra á fuerza de exacciones y de ultrajes. Y no era esto todo; después de tan crueles sacrificios, después del sangriento holocausto de Trafalgar, y á consecuencia de las negociaciones de Napoleon con Fox, había de repente sabido que, traficando con el territorio español como si fuera su propio bien, había este aliado perjurado, sin consultar á nadie, ofrecer sucesivamente á Inglaterra y á Rusia una cesión de las islas Baleares para indemnizar uno de los príncipes por él despojados.

Hacía, pues, mucho tiempo que se había llenado la medida, y no fué sino después de este último descubrimiento cuando el príncipe de la Paz juzgó llegado el momento de sacudir el yugo, aprovechando la ocasión que le ofrecía la guerra de Prusia. Es necesario decirlo muy alto, la única culpa de Manuel Godoy en ese proyecto de levantamiento tan en seguida abandonado, fué el no haberlo emprendido más pronto, y sobre todo, no haber perseverado en él á todo precio, y si era traidor con alguien, lo era para con su país arruinado, vendido y humillado por ese extranjero.

Esto por lo que toca al derecho que resulta de la pretendida traición del príncipe de la Paz. En cuanto al que se motiva sobre la decadencia de España, haciendo de Napoleon una especie de providencia encargada de regenerar los imperios; denota en los escritores que lo han alegado, un grado tal de superstición, que es necesario hacerse superior al disgusto que esto causa, para discutir seriamente los hechos sobre que apoyan esta abyecta teoría de la regeneración por la servidumbre.

Que España fuera una monarquía en decadencia

desde los tiempos de Isabel y de Carlos V, esto seguramente no lo negará nadie. El inmenso esfuerzo que hizo España en el siglo XVI para dominar á Europa, la desmesurada extensión que se había dado á sus colonizaciones, causa de postración para la metrópoli, y más que todo esto el férreo yugo del absolutismo católico personificado en la inquisición, la destrucción de los pueblos industrioses moriscos, y la removida multiplicación de los institutos monásticos, tales eran los males seculares que habían detenido prematuramente el vuelo en un principio tan brillante de la nación española.

A despecho de esos tristes precedentes, el espíritu filosófico, que penetraba por todas partes en el siglo XVIII, había acabado por introducirse en la católica España. Había tenido por instrumento un rey devoto pero bien intencionado. Se había visto al rígido Carlos III, secundado por un ministro ilustrado, Aranda, inaugurar en España una era de reformas y mejoras. Habíase herido á la dominación clerical en medio de su corazón en la persona de los jesuitas, las libertades civiles habían aumentado, la industria se había levantado.

Los elementos de este feliz renacimiento no habían cesado de existir en España, pero el espectáculo de las espantosas convulsiones que tan prontamente sucedieron á la gloriosa aurora de la Revolución francesa, produjo en ese país, como en muchos otros, un compás de espera y una especie de estupor, al que muy pronto siguió la guerra. A esta guerra mezcla de triunfos y de derrotas, siguió una alianza ofensiva y defensiva, mucho más desastrosa para España que hostilidades sin fin; pero es precisamente del advenimiento de Bonaparte al consulado de cuando datan sus desgracias. Esa vuelta á la decadencia de la que se osa hacer un argumento en apoyo de sus usurpaciones, él es su autor principal. Es él quien por dos veces había arrojado á España á una guerra que ella rechazaba; él quien había causado la ruina del comercio de España y de sus renacientes colonias, él quien había agotado el Tesoro español con sus exacciones, él quien había contra la opinión de sus propios marinos, dado la señal de la destrucción de la marina española enviándola al matadero de Trafalgar; en fin, era él el principal autor de las discordias que comenzaban ahora á agitar la península.

Si la execración pública perseguía ya de una manera visible el nombre y la persona de Godoy, era únicamente porque se le creía el instrumento y el servidor dócil de la política francesa, que en efecto sufría maldiciéndola; y si la imaginación popular,